

VITALIDAD Y MORTANDAD LÉXICA EN LAS HABLAS RURALES DE MADRID

PILAR GARCÍA MOUTON

Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Madrid. España

RESUMEN

A partir de materiales de encuestas hechas para el *Atlas Linguistique Roman (ALiR)* y el *Atlas Linguarum Europae (ALE)* –con hombres y mujeres de más de cincuenta años– en pueblos de la Comunidad de Madrid, utilizando un cuestionario cercano al de los atlas regionales españoles, pero adaptado al medio, se hace un primer acercamiento para tratar de establecer cuáles son los campos más afectados por la mortandad léxica, qué razones la explican y a través de qué procedimientos las palabras tradicionales se sustituyen por otras nuevas.

PALABRAS CLAVE: Vitalidad léxica, mortandad léxica, sustitución léxica, hablas rurales, contacto con la norma.

SOMMAIRE

À partir de matériaux d'enquêtes réalisées pour l'ALiR et l'ALE auprès d'hommes et de femmes de plus de cinquante ans dans des villages de la Communauté de Madrid, en utilisant un questionnaire proche de celui des atlas régionaux espagnols mais adapté au milieu, on effectue un premier rapprochement pour essayer d'établir quels sont les domaines les plus affectés par la mortalité lexicale, quelles sont les raisons qui l'expliquent et à travers quels procédés les mots traditionnels sont remplacés par d'autres nouveaux.

MOTS CLEF : Vitalité lexicale, mortalité lexicale, substitution lexicale, parles ruraux, contact avec la norme.

ABSTRACT

From materials of the surveys done for the *Atlas Linguistique Roman (ALiR)* and the *Atlas Linguarum Europae (ALE)* –with men and women of more than fifty years of age - in villages of the Autonomous Community of Madrid. Using a questionnaire similar to the one of the Spanish regional atlases, but adapted to the location, a first approach is made to attempt to establish which are the fields most affected by lexical mortality, what are the reasons that explain them and through what procedures the traditional words are substituted by new ones.

KEY WORDS: Lexical vitality, lexical mortality, lexical substitution, rural languages, contact with the norm.

1. INTRODUCCIÓN

Estas páginas constituyen la primera elaboración de una serie de encuestas rurales que hemos estado llevando a cabo, a partir del año 2001, en la Comunidad de Madrid¹. Los materiales que vamos a utilizar en este trabajo son los obtenidos de una mujer y un hombre por localidad, mayores de 50 años, informantes que vendrían a corresponder –siempre con las salvedades que suponen, en estos pueblos, el paso de los años y la cercanía a la ciudad de Madrid– a los sujetos de la encuesta tradicional².

Estas encuestas surgieron de la necesidad de disponer de datos rurales de la Comunidad de Madrid para la contribución española al *Atlas Linguistique Roman (ALiR)* y el *Atlas Linguarum Europae (ALE)*. En los últimos cincuenta años la realidad ha cambiado considerablemente en los pueblos españoles, más aún en los que están cerca de una gran ciudad, como ocurre en este caso. La vida rural cotidiana ya no la mueven, para las personas que actualmente superan los cincuenta años, los mismos impulsos que movían la vida de sus padres, y eso se deja notar en su forma de hablar y en la cultura que se refleja en ella³. De ahí que, a pesar de saber que ya no formaban parte de su entorno actual, nuestros cuestionarios hayan mantenido algunas cuestiones que sirven de nexo entre una generación y otra. La generación de quienes tienen más de sesenta años reúne unas características interesantes que la hacen conocedora –aunque en algún caso pueda ser de un modo pasivo– de una cultura que se ha perdido, pero que nuestros hablantes han llegado a vivir, y, al tiempo, los convierten en partícipes de la nueva cultura en la que se insertan sus hijos y sus nietos.

¹ Las encuestas se enmarcan en los proyectos de investigación *Contribución española al Atlas Linguistique Roman (ALiR)* y *al Atlas Linguarum Europae (ALE)*, BFF2002-01087 y HUM2005-05372, y han sido realizadas por Pilar García Mouton e Isabel Molina Martos en 16 localidades de Madrid: Mangirón (1), Buitrago de Lozoya (2), Lozoya del Valle (3), Patones de Abajo (4), Navacerrada (5), Cerceda (El Boalo) (6), Alalpardo (Valdeolmos) (7), Meco (8), Santa María de la Alameda (Robledondo) (9), Valdemorillo (10), Robledo de Chavela (11), San Martín de Valdeiglesias (12), Carabaña (13), Cenicientos (14), Cubas de la Sagra (15), Colmenar de Oreja (16).

² Junto a éstas, dentro de los mismos proyectos se han hecho otras posteriormente, con un cuestionario reducido, a hablantes de dos generaciones más jóvenes. Además de las dos investigadoras mencionadas, han colaborado en esta segunda campaña Carmen Bordón Martínez y Noelia Gil Peña, becarias del proyecto.

³ Esta situación se da en tierras muy diferentes. Humberto López Morales (2000, 33) afirmaba en su discurso de investidura como *doctor honoris causa* por la Universidad de Alicante: “Las zonas rurales conservan –de momento– palabras desaparecidas ya de las urbes debido a la implacable acción del tiempo. Los procesos de mortandad léxica se repiten insistentemente en toda Hispanoamérica, provocados por el añejamiento de costumbres, tradiciones, productos, oficios, etc.”



2. OBJETIVO

En nuestro trabajo de campo, los dialectólogos somos observadores de excepción de este cambio cultural y de cómo se ve reflejado en la lengua, con la sensación evidente de estar asistiendo a un proceso irreversible. A través de los datos de las encuestas pretendemos hacer un modesto primer acercamiento para ver cómo actúan por dentro en el marco de este entorno –rural pero influido por la gran ciudad– los procesos de mortandad léxica en varios sentidos: sustitución, pérdida de referente u otras razones. Por supuesto, la lengua recogida en nuestras entrevistas pertenece a las variedades del castellano central y a su fonética.

Se ha hablado de mortandad lingüística fundamentalmente en casos de lenguas minorizadas o de lenguas en trance de desaparecer⁴, pero también se ha destacado el hecho de que, en cualquier contexto, el del léxico es el campo más propenso a experimentar sustituciones de unas formas y abandono de otras (Medina López 2003; Samper Padilla y Hernández Cabrera 2002). En este caso, se trata de sistemas lingüísticos –y específicamente léxicos– en contacto, pertenecientes a variedades castellanas, con diferente grado de ela-

⁴ También en otros casos dialectales, como en el canario (Almeida Suárez y Carmelo Vidal 1996).

boración, donde la lengua estándar, la lengua de la instrucción y de los *media*, permea la lengua local, la lengua de la tierra⁵. No muere la lengua, pero a través de la muerte de algunas de sus palabras podemos ver cómo se pierde una variedad lingüística que refleja un modo de vida que está desapareciendo.

3. METODOLOGÍA

3.1. *El cuestionario*

En geolingüística se utilizan varios procedimientos para recoger datos que se pueden agrupar en dos: la encuesta con cuestionario o bien la encuesta libre apoyada en conversación dirigida o semidirigida, etc., donde se consigue mucho léxico y más espontáneo, pero que no permite asegurar la posibilidad de comparar los datos con los de otros lugares, con los de otros hablantes. En este caso, partimos de encuestas de corte tradicional, y, para hacerlas, elaboramos un cuestionario específico con un número elevado de preguntas comunes con las de cuestionarios de los atlas regionales españoles, razonables para el entorno de utilización, adecuado a estas necesidades y, por supuesto, con las cuestiones previstas en los cuestionarios de los dos macroatlas europeos⁶.

Para la parte léxica, se incluyeron unos campos determinados en el cuestionario previsto para trabajar con la mujer (*El cuerpo humano; Indumentaria; Plantas silvestres; Insectos, aves y otros animales; El cerdo; Otros animales domésticos; Harina y panificación; La vida doméstica; La familia. Etapas de la vida: Fiestas religiosas y creencias; Juegos*) y otros complementarios (*El tiempo; Accidentes del terreno; Las labores del campo; La huerta. Árboles; El vino y el aceite; Las aves; Otros animales y la caza; La vida de los pastores; Los animales domésticos; Oficios; Juegos*) en el preparado para trabajar con el hombre⁷.

4. PROCESOS DE CAMBIO LÉXICO

4.1. *Palabras viejas, palabras nuevas*

Muchas veces los hablantes son conscientes del proceso de sustitución léxica y hacen ellos mismos observaciones metalingüísticas a lo largo de la encuesta, especificando que una palabra es “vieja” o “antigua” frente a otra que etiquetan de “nueva”. La convención en los atlas lingüísticos españoles señala las primeras con un *asterisco y las segundas, con una especie de aspa

⁵ No parece oportuno enfocarlo desde el interesante punto de vista de la convergencia (VILLENAL PONSODA 1997).

⁶ El cuestionario se redactó entre Pilar García Mouton, Esther Hernández e Isabel Molina.

⁷ Como habíamos hecho con Francisco Moreno Fernández en los cuestionarios del *Atlas Lingüístico y etnográfico de Castilla-La Mancha (ALeCMan)* (1987).

voladita, que aquí representaremos con +. Cualquier dialectólogo sabe que estas observaciones no deben tomarse en general al pie de la letra, porque para el informante están cargadas de connotaciones. Y es verdad que suele tratarse de palabras antiguas, heredadas, tradicionales, pero ya no es tan cierto que sean “viejas” del todo, que ya no se digan, porque los informantes plantean una falsa oposición entre *palabra nueva* = ‘palabra buena’ frente a *palabra vieja* = ‘palabra mala’.

En la mentalidad de los hablantes está arraigada la idea de que ahora en los pueblos se habla mejor, porque se habla más parecido a como se aprende a hacerlo en la escuela, a como se oye hablar en la radio y en la televisión, y a como hablan los de fuera. Por eso, lo “antiguo” se desprecia muchas veces y, como es causa de vergüenza, se encubre (Catalán y Galmés 1946).

Ante el prestigio de lo ajeno, de lo que viene de fuera, lo propio se identifica con ‘antiguo’ y suena paleta: entonces es frecuente que *pañuelo* sustituya a *moquero*, *zurdo* a *zocato* o a *zoco*, *mandíbula* a *quijás* ‘quijadas’, *herniáo* ‘herniado’ a *quebráo* ‘quebrado’ (*se ha quebráo, se ha hecho quebráo*), *dormitorio* a *sala* o a *alcoba*, *ajuar* a *dote*, *boda* a *casamiento*, *orinal* a *bacín*, etc.

Esa predisposición a cambiar lo propio por lo nuevo envejece un poco artificialmente el léxico patrimonial, de modo que se acelera –por contacto con otra variedad más prestigiosa– un proceso de sustitución lingüística en el que interviene la voluntad de los hablantes. Estaríamos ante un caso de deslealtad que sigue ciertas etapas: comienza por un abandono que inicia la decadencia léxica, y ésta estigmatiza en poco tiempo determinadas palabras –de ahí se pasa a tener casi solamente un conocimiento pasivo de ellas–, para acabar desembocando en su franco desuso.

Cuando se hace una encuesta, la percepción por parte del informante de nuestra valoración de lo patrimonial puede llegar a modificar su actitud inicial: de entrada algunos informantes ponen especial empeño en mostrar antes que nada sus conocimientos de la lengua estándar y, sólo después de responder preguntas relacionadas con conceptos de la vida tradicional y observar interés por ellos, dejan aflorar voces locales.

Hay que destacar que, en estos aspectos, la competencia lingüística para evitar palabras que consideran estigmatizadas es mayor en las mujeres que en los hombres. En realidad, son muchos menos los hombres para los que la diferencia puede resultar importante hasta el punto de ocultar ciertas palabras o corregir su pronunciación. Ellas, en cambio, se corrigen mucho más, conocen mejor el léxico de reciente introducción y en ocasiones son capaces de hacer una encuesta que podríamos calificar de “diglósica” (Labov 2001; García Mouton 2003). A simple vista, resulta muy sintomático que los cuestionarios

de mujer tengan muchos más asteriscos y aspas voladas que los hechos con hombres.

Un ejemplo sería el caso de nuestra informante de Cubas de la Sagra, que explicó que antes se decía **los agüelos* para los pelillos que caen en la nuca, por ejemplo, los que se sueltan del moño, y que ahora los llaman *los pelos del cogote*, un descriptivo sin más; que lo que ahora llaman *trenza* antes era **coleta*; que lo que llamaban **las quijás*, ahora es la *mandíbula*; que el antiguo **miñique*, se dice *meñique*; que *los huesos* son las *+articulaciones*, y el *sobaco*, la *+asila*; que se llamaba **bigardo* al *vago* y que una *mentira* era **trola*; que el *pañuelo* antes se llamaba **moquero*; que el *alacrán* –el *arraclán* de toda la vida– ahora se llama *+escorpión*; que el *nidal* ahora es el *+ponedero*, y la *llueca*, *+chueca*; que ahora es *+grieta* lo que antes era una *raja*; que se dice *+ajuar* para lo que siempre se llamó **el dote*, y que las niñas juegan al *avión*, y antes ese juego se llamaba la **tajuela*.

En el mismo lugar, el hombre se limitó a señalar que desconocía los nombres de los cultivos que no había allí, de cuestiones de ganado, de colmenas, que tampoco había, los referidos a la elaboración del queso, etc., y sólo en el concepto de ‘labrador’ contestó que antes se llamaba **gañán* y ahora *+tractorista*.

En Santa María de la Alameda, la mujer afirmó que *mandíbula* ha sustituido a **quijada*, *zurdo* a **zocato*, *quiste* a **golondrino*, *blanquear* a **jalbegar*, *arder* a **encandilar*, *mortero* a **almirez*, *aborto* a **movida*, *el equipo* del recién nacido a **la ropita*. En Robledo de Chavela, algunos cambios de palabras se relacionaron con cambios de costumbres: ‘encalar’ es *blanquear* o *pintar*, y se usaba **jalbegar* cuando se hacía con cal del campo.

Como en todas partes, asistimos también a procesos innovadores motivados por cambios de vida generales. En pocos años, también se ha dejado sentir en el ámbito rural la invasión de femeninos profesionales, que suelen ser asumidos con total naturalidad: *juezas*, *doctoras*, *alcaldesas*, *concejalas*, etc., se incorporan como palabras nuevas.

4.1.1. Deformación de las palabras nuevas

En la adopción de palabras nuevas transmitidas por vía oral, se dan deformaciones fonéticas, como *bicida* ‘herbicida’, *mambú* ‘bambú’ (16), *la amanti* ‘la mantis’ (7), *crystalinas* ‘nectarinas’ (16). Y, a veces, es la imagen la que crea los nombres nuevos. En muchos sitios se llama *caramelos* a los carámbanos que cuelgan de los tejados cuando hiela, por aquello de que los niños los chupaban, y por eso el informante de Buitrago de Lozoya los llamó *pirulís*, pero también *chupachús*.

4.2. *Palabras mejores, palabras peores*

En cierto sentido, las palabras que se consideran “mejores” y “peores” tienen que ver con las que se llaman palabras “nuevas” y “viejas”, e indudablemente guardan relación con las percibidas como correctas o incorrectas (“mal dichas” y “bien dichas”). Los procesos de instrucción han causado estragos, corrigiendo, por ejemplo, la vacilación vocálica en las tradicionales *tenaja* frente a *tinaja*, *piejo* frente a *piojo*⁸, *varraco* frente a *verraco*, y han desterrado ante los forasteros otras formas mal vistas y consideradas antiguas, como *riyera*, *trujo*, *goler*, *irutar*, etc., sin embargo, vivas aún y en uso, pero estigmatizadas. La informante de Mangirón dijo que antes se decía **sandijuelas* y ahora, + *sanguijuelas*; que la *molleja* antes era **cantijera*; el *orinal*, **bacín*; el *jamón*, **pernil*; el *dormitorio*, **la alcoba*; el *bosillo* (sic), **faltiquera*, si bien explicó que eran distintos; y añadió que sus hijas “la reprenden” si llama **postilla* a lo que ellas llaman +*costra*. Las palabras nuevas, para ella, eran palabras mejores.

4.2.1. Eufemismos sociales

El peso del tabú funciona principalmente en el lenguaje femenino relacionado con la sexualidad y la fertilidad. Todo un mecanismo eufemístico se pone en marcha para dignificar un léxico por el que antes se consideraba inadecuado preguntar en los cuestionarios⁹.

Para el concepto de ‘embarazo’ la primera respuesta suele ser *estar embarazada*, +*en estado*, y una sola vez *estar encinta*. Muchas veces, como tercera o segunda respuesta, aparece *preñá*, *preñada* –que se califica de palabra antigua o fea–, e incluso se afirma que sólo se usa para las hembras de los animales, cuando surge siempre en la conversación espontánea. Algo semejante ocurre con el concepto de ‘parir’, para el que suelen contestar *dar a luz*, en primer lugar, y después *parir*; palabra que, según los sitios, dicen que es *nueva*, *vieja* o que sólo la utilizan las comadronas, pero que también se oye en conversación y, desde luego, no sólo para las hembras de los animales. Para ‘dar de mamar’, la primera forma es *dar la teta*, aunque también contestaron *dar de mamar* y *dar el pecho*. Y, aunque *aborto* ya es muy general, en algunos lugares convive con **movida* (9) o con *malparto* (14) y en Mangirón se dice también que *se ha ahorráo*. En otro orden de cosas, las mujeres prefieren *mamas* –forma que consideran mejor, porque les llega del entorno médico–,

⁸ También la informante de Santa María de la Alameda dijo *piojo* en la situación formal de encuesta, pero *piejo* en conversación.

⁹ Hay que reconocer que a muchas informantes les resulta violento responder a estas cuestiones, aunque se planteen de la forma más delicada posible.

senos o *pechos* a la tradicional *tetas*, que les parece forma masculina, y vulgar, pero que ellas usan habitualmente también, aunque no lo reconozcan.

El campo referido a los ‘genitales’ proporciona una serie de formas donde se mezclan palabras “neutras” nuevas, como *pene* o *vagina*, con eufemismos generales, del tipo de *genitales*, que vienen a acompañar a los tradicionales *sus partes* y *mis partes*, y a otras muchas formas que las informantes no consideran ni viejas ni nuevas, pero sí vulgares.

Un caso especial, relacionado con los genitales, es el del nombre del insecto al que llaman ‘tjereta’, y que suele recibir nombres un poco subidos de tono que generan, a su vez, eufemismos: *cortapicos* en Alalpardo, pero *cortapichas* en Buitrago; *cortapichas* y *tjereta* en Lozoya del Valle; *cortapicos* y *cortapichas* en Meco; en Navacerrada *cortapichas* y *cortatijeras*; en Santa María de la Alameda, *cortapichas*, si bien la informante señaló como nueva y mejor la forma *tijeretes*; en San Martín de Valdeiglesias, *cortapichas*, aunque para la informante era mejor *cortacandiles*; en Valdemorillo, *cortapichas* y *cortatijeras*, etc.

También los términos que tienen que ver con ciertas zonas del cuerpo, o con funciones orgánicas, propician la incorporación de palabras “nuevas” como *glúteos*, *glútios* frente al tradicional *las mollas del culo*, y la generalización de *ano* en lugar de *culo* o de **agujero del culo*.

En un campo parecido, se considera palabra “más fina” *devolver* que *gomitar*, corregido en *vomitir*, en Buitrago; la informante de Mangirón apuntó que **gomitar* era antigua y + *devolver*, nueva; en Navacerrada, *devolver* se señaló como palabra mejor que *vomitir*. Varias informantes repitieron que *asila* es mejor palabra que *sobaco*.

Por otra parte, existen conceptos o costumbres, muy marcados antes, que ya no se consideran políticamente correctos, de ahí que muchos informantes eviten incluso los nombres antiguos: por ejemplo, prácticamente no se han recogido respuestas para el concepto de ‘hijo ilegítimo’, si bien es representativo el caso de la informante de Robledo de Chavela, que dijo no conocer la palabra en la encuesta, pero en conversación utilizó *enclusero*. Tampoco se obtuvieron respuestas para ‘hijo tardío’.

Aunque casi todos saben en qué consistía la ‘cencerrada’, ya no se trata de una costumbre bien vista y las informantes suelen decir que en el pueblo no se hacen y, en general, no le dan nombre. Como reflejo de los cambios de mentalidad, tampoco les resultó cómodo hablar de conceptos como los del ‘mal de ojo’, las ‘brujas’ y los ‘amuletos’ que usan para neutralizarlos. Se percibe un despego consciente de este tipo de temas. Y curiosamente también les incomodó contestar sobre el ‘diablo’, que no se suele nombrar: la infor-

mante de Robledo de Chavela no lo hizo, pero sí lo definió como “el jefe del infierno”.

En cierto modo, también se pueden considerar como un tipo de eufemismos sociales los que se han puesto en circulación en las últimas décadas y sustituyen palabras como *vieja* o *viejo*, o los tradicionales *abuelo*, *abuela*, *señor fulano*, *señora fulana*, *tío fulano* de respeto, por otras nuevas, pretendidamente más amables, como *anciana*, *anciano*, *mayor*, *señor mayor*, *viejecita*, etc. También se señala como moda nueva el uso de *+yaya* y *yayo* en lugar de *abuela*, *-o*, *agüela*, *-o*, que la informante de Mangirón calificó de “tonterías de ésas finas”.

4.3. *Las palabras y la desaparición de las cosas*

Naturalmente “cosas” se emplea aquí en el sentido etnográfico de las *Sachen* de los defensores del método *Wörter und Sachen* que defendían un estudio conjunto de lengua y cultura popular (García Mouton 1987).

La lengua se resiente de la desaparición de esas cosas, porque ya no hay molinos que muelan el grano, ni hornos caseros para hacer el pan, ni alfarería, ni telares. En el campo aún se conserva el recuerdo —y a veces las piezas testigo— de carros, carretas, arados, artesas, tinajas, etc., pero ya no forman parte de la vida de todos los días. Por eso, lo normal es que las personas de la generación que estudiamos todavía las sepan nombrar, aunque hay que reconocer que no todas. Resultan especialmente escandalosos los vacíos léxicos que se dan en los cuestionarios de los hombres. La explicación es que ya no viven, como antes, en contacto productivo con su entorno.

Siempre han quedado espacios en blanco en cualquier cuestionario: en unos pueblos no había colmenas, en otros no se daban los olivos, algunos no eran ganaderos y otros eran de secano, así que allí no se cortaba hierba. Pero hoy la vida ya no depende en muchos de ellos del ganado, ni de la agricultura, ni de la apicultura, de modo que las palabras se arrumban con las cosas. Como ya no hay necesidad de un lugar para guardar la paja, el ‘pajar’ para nuestro informante de Robledo de Chavela lo mismo podía ser *cuadra* que *almacén* o *nave*. Antes había que ‘segar’ **segar*; ahora hay que *cosechar* (8), y se llamaba **horca* al instrumento para aventar, sustituido ahora por una *máquina para aventar* (3). Y la antigua forma **basura* para ‘abono’, hoy deja paso al *nitrateo* o al *abono* (8).

4.4. *Las palabras y el cambio de las cosas*

Donde se repite siempre la misma situación es en los nombres de la ropa para vestirse, sobre todo en los referidos a la ropa interior femenina, ya que en los últimos cincuenta años se ha pasado de usar ‘enaguas’ **enagua* (3,

7, 15), **senaguas* (6), **las enaguas* (4, 5, 9, 12) al **viso* (7), a la *combinación* (3, 6, 9, 15) y a no usarlas. *Sujetador* ha sustituido, como palabra nueva general, a **sostén*, a **sustén* en Valdemorillo y a **las aguaderas* en Buitrago.

Una sustitución extendida en los nombres de la ropa masculina es la de +*americana* por **chaqueta*. También se han producido cambios muy notorios en la forma de vestir a los niños pequeños, y a ellos va unido un olvido léxico general, que da cabida a la nueva forma de vestir con sus nombres nuevos, lo mismo que han desaparecido los ingenios antiguos para que el niño aprendiese a andar: el antiguo *carretón* sustituido por los *andadores* en Santa María de la Alameda; el **andador*, por el +*tacatá* en Carabaña; las *varillas* por el *tacatá* en Valdemorillo; la **carretilla*, también por el *tacatá* en Mecó; o las antiguas **andaderas* en Alalpardo.

Más llamativo –y sintomático de una actitud abierta a la incorporación de lo más reciente– es que la informante de Cerceda, de casi setenta años, considerase antigua la palabra *velatorio* y la cambiase por una nueva, *tanatorio*, y también que diera, como respuesta a la cuestión sobre cómo se llamaba la fiesta de Todos los Santos, *Jalogüin*, transliterado como *suená*.

También las casas han cambiado mucho y los informantes apuntan para la cuestión ‘desván’ que *cámaras* ya no hay, lo que hay ahora son *guardillas*, distintas y nuevas (7, 9), y en este último lugar se señalan como antiguos **dobláo* y *sobráo*. Como ejemplo testimonial del reflejo de otro cambio de costumbres, podemos apuntar que el informante de Mangirón llamó *la plaza* al ‘mercado’, y dijo que ahora era el “*mercadillo*, porque no hay *mercáo*”.

4.5. *Las palabras y el alejamiento de la naturaleza y de las cosas*

Algunas palabras se conservan refugiadas en el léxico de la infancia, como *paloduz* (16), *paloluz*, *paliduz* (13) ‘regaliz’, en la cercanía con ciertas plantas, como *cantegoso* (4), *cantigüeso* (7), *olura* (12) ‘cantueso’, o *sabuco* (16) ‘saúco’ o con los pinos, *seroja* ‘cáscara del pino fino’, *piñota* ‘hoja del pino negral’ en un pueblo como San Martín de Valdeiglesias. En el campo, al margen de los estragos que ha causado la urbanización generalizada, siguen viviendo casi las mismas plantas, los mismos árboles, los mismos insectos y los mismos animales que acompañaron a los abuelos de nuestros informantes. Y, sin embargo, son “cosas” desaparecidas para muchos hablantes, desaparecidas para ellos porque no las ven, no las identifican y, por tanto, no las nombran. El desarraigo del medio no sólo viene del despego del hablante, también procede del cambio cultural que desvía su atención hacia otras cosas. Antes era normal que no hubiera ciertos pájaros o ciertos árboles en el pueblo, pero el resto se conocía y se llamaba por su nombre.

Conceptos que eran fundamentales para el agricultor y a los que respondía con seguridad —como los nombres para ‘arreboles’, ‘las cabañuelas’, ‘luna nueva’, ‘osa mayor’, ‘vía láctea’, ‘solana’ o ‘umbría’, ‘huevo huero’, la hembra ‘horra’, la ‘enjundia’ de las gallinas, las ‘duelas’ del tonel, nombres de pájaros, de plantas, de animales— se han olvidado, aunque se pueda recordar el concepto. Es muy frecuente que los informantes contesten con un término general o descriptivo, pero que hayan perdido la competencia sobre las denominaciones concretas: por ejemplo, nuestro informante de Cerceda llamó *la sombra* a ‘la umbría’ y *la parte del sol* a ‘la solana’, y los hubo que llamaron *tablas* a las ‘duelas’ del tonel, *montón* a la ‘hacina’, *palito* al ‘escobajo’ del racimo y *granitos* a las ‘pepitas’ de la uva. Llama la atención cuántos hombres de campo mayores desconocen hoy los nombres de los ‘arreboles’¹⁰, fundamentales antiguamente para saber qué tiempo iba a hacer; por eso, aunque el informante de Mangirón ya no conocía el nombre, recordaba que “cuando están rojas las nubes, va a hacer frío”, y los de Navacerrada y Robledo de Chavela, que tampoco supieron darles nombre, afirmaron que, cuando los hay, “va a hacer aire”, lo mismo que el de Patones de Abajo sentenció que los arreboles “barruntan fríos, nieblas de frío, el crepúsculo del anochecer”. Todo está en relación con el cambio económico y cultural: si el campo ya no es la fuente de ingresos, ni la única experiencia de vida, ya no tiene la misma función el lenguaje ligado a él, que poco a poco cae en desuso.

Son los mismos procesos que se dan en otras partes, extrapolables, por tanto, si bien quizá intensificados por la cercanía de Madrid, por el *contacto con la norma* (Borrego Nieto 1981). ¿Se llegará a esa situación, tan frecuente en las ciudades, en la que muchos niños sólo saben que existen —así, en general— *pájaros*, *bichos*, *árboles* y *plantas*? Si en el campo ya no se depende del campo, no se mira al cielo para ver si va a llover, ni se atiende a los pájaros, ni a los demás animales, ¿los cuestionarios se quedarán totalmente obsoletos? De momento sorprendentemente permanecen las creencias, los dichos, el recuerdo de las tradiciones. Quizá después se pierdan los nexos, como en el caso de nuestra informante de Cenicientos, que ya no sabía cómo llamar a la ‘enjundia’, esas grasas amarillentas de la gallina, pero recordó algo y dio, como nombre antiguo, **las paperas* —porque sabemos que se les ponían calientes a los enfermos de paperas—, o el de la informante de Mangirón que, aunque no recordaba el nombre popular de la ‘mantis’, sabía en cambio que “decían que da calentura si se te posa”.

¹⁰ Que nuestro informante de Meco llamó por uno de sus nombres tradicionales: *la vaca sollá*.

5. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALMEIDA SUÁREZ, Manuel y CARMELO VIDAL, P. (1996). “Mortandad léxica en el español canario”. *Anuario de Lingüística Hispánica*, vol. 12-13, 2, pp. 883-897.
- BORREGO NIETO, Julio (1981). *Sociolingüística rural: investigación en Villadepera de Sayago*. Salamanca: Eds. de la Univ. de Salamanca.
- CATALÁN, Diego y GALMÉS DE FUENTES, Álvaro (1946). “Un límite lingüístico. La frontera de f: j- en Asturias y Sajambre”. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, II, pp. 196-239. Ahora en CATALÁN, Diego (1989). *Las lenguas circunvecinas del castellano*, Madrid: Paraninfo, pp. 139-166.
- GARCÍA MOUTON, Pilar (2003). *Así hablan las mujeres. Curiosidades y tópicos del uso femenino del lenguaje*. Madrid: La esfera de los libros.
- GARCÍA MOUTON, Pilar (1987). “Dialectología y cultura popular. Estado de la cuestión”. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, XLII, pp. 49-73.
- GARCÍA MOUTON, Pilar y MORENO FERNÁNDEZ, Francisco (1988). *Atlas Lingüístico y etnográfico de Castilla-La Mancha. Cuestionario I*, Madrid, 115 pp. *Atlas Lingüístico y etnográfico de Castilla-La Mancha. Cuestionario II*, Madrid, 107 pp.
- GARCÍA MOUTON, Pilar y MORENO FERNÁNDEZ, Francisco (1994). “El Atlas Lingüístico y etnográfico de Castilla-La Mancha. Materiales fonéticos de Ciudad Real y Toledo”. En P. García Mouton [ed.]. *Geolingüística. Trabajos europeos*, Madrid: CSIC, pp. 111-153.
- LABOV, William (2001). *Principles of Linguistic Change. Volume 2: Social Factors*, Oxford, Blackell (trad. esp. de Pedro Martín Butragueño. *Principios del cambio lingüístico. Volumen 2: Factores sociales*, Madrid: Gredos, 1994).
- LÓPEZ MORALES, Humberto (2000). “Hacia la globalización del léxico hispanoamericano”. *Solemne Acto de Investidura como Doctor Honoris Causa de los Excelentísimos señores D. Ignacio Bosque Muñoz y D. Humberto López Morales*, Universidad de Alicante, 23 de marzo de 2000, pp. 23-38.
- MEDINA LÓPEZ, Javier (2003). “Léxico canario: pervivencia y mortandad léxicas”. En *Lexicografía y lexicología en Europa y América. Homenaje a Günter Haensch en su 80 aniversario*, Madrid: Gredos, pp. 493-508.
- SAMPER PADILLA, José A. y HERNÁNDEZ CABRERA, Clara E. (2002). “Condicionantes sociales y mortandad léxica”. En *Sprachgeschichte als Varietätengeschichte. Historia de las variedades lingüísticas. Anläßlich des 60. Geburtstages von Jens Lüdtke* (coordinadores: Andreas Wesch, Waltraud Weidenbusch, Rolf Kailuweit y Brenda Laca), Tübinga: Stauffenburg Verlag, pp. 167-176.
- VILLENENA PONSODA, Juan A. (1997). “Convergencia y divergencia dialectal en el continuo sociolingüístico andaluz: datos del vernáculo urbano malagueño”. *Lingüística Española Actual*, XIX, 1, pp. 83-125.